



LOS LIBROS DE MARÍA

LOS LIBROS DE MARÍA

# HÉROE A MI PESAR

MARÍA MENÉNDEZ-PONTE

Ga  
GRAN ARQUITECTA

Primera edición: junio de 2015

Edición ejecutiva: Gabriel Brandariz  
Coordinación editorial: Paloma Muiña  
Coordinación gráfica: Lara Peces  
Imagen de cubierta: Marta Mesa  
Viñetas: Álvaro Viñal Menéndez-Ponte

© María Menéndez-Ponte, 2015  
© Ediciones SM, 2015  
Impresores, 2  
Parque Empresarial Prado del Espino  
28660 Boadilla del Monte (Madrid)  
[www.grupo-sm.com](http://www.grupo-sm.com)

ATENCIÓN AL CLIENTE  
Tel.: 902 121 323 / 912 080 403  
e-mail: [clientes@grupo-sm.com](mailto:clientes@grupo-sm.com)

Cualquier forma de reproducción, distribución,  
comunicación pública o transformación de esta obra  
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,  
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO  
(Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org))  
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A mis hijos: Antonio, Álvaro, Verónica y Diego,  
y ahora también Sara, Bea y Fernando.*



# 1

¿Y a esto le llaman ser héroe? Lo que soy es un prin-gado, macho. Se me presentan un montón de ocasiones para reconquistar a Sara, y voy y renuncio a todas y cada una de ellas. Hace meses las habría atrapado al vuelo, como el perro al que le lanzas un hueso, y ahora que tengo en mis manos la oportunidad de que plante a Jorge, no solo no la aprovecho, sino que le aconsejo que no lo deje. Ni los mártires cristianos, chaval. Pero es que el pobre está hundido, hecho mierda, no hay quien lo reconozca. Ha perdido esa mezcla de seguridad y chulería que le caracterizaba y no es ni sombra de lo que era. Por más que intento convencerlo de que los nazis que me metieron el navajazo le lavaron el cerebro para que entrara en su organización, no hace más que fustigarse con que toda su vida ha sido una farsa, una gran mentira, que ya no sabe ni quién es, que si su padre lo abandonó porque se dio cuenta de cómo era... ¡Pero si tenía ocho años cuando se largó de casa! Precisamente él fue el culpable de sus males. «Da igual –me respondió–. Mírame, no soy más que un espantapájaros, todo apariencia. Voy a tener que empezar de cero». Sus palabras se han metido en mi cabeza como las palomas en la terraza de casa, no se van de ahí ni con agua caliente. Por eso, cada vez que Sara me insiste en que ya no puede seguir con él, soy incapaz de decirle que lo deje. Sería un buitres si me aprovechara de esta circunstancia. Aunque también la entiendo a ella cuando me explica que el Jorge del que se enamoró no existía, que

era falso, y que lo que ahora siente por él es una mezcla de pena y de cariño, que el amor «se ha desinflado». Y yo me lo imagino como un suflé que lleva mucho rato fuera del horno.

–Bueno, todos cambiamos –alegué en su favor–. No tienes más que mirarme a mí.

–No, Andrés, tú has madurado, que es muy diferente –me respondió, y lo dijo con admiración. Casi rozó el cielo del subidón que me dio.

Ahora mismo tendría que estar con ella en lugar de anudándome la corbata para ir a una fiesta que maldita la gracia que me hace. ¡Por favor! ¿Qué tipo de gente organiza una fiesta en la que tienes que ir con traje y corbata? Debería haberme negado cuando me lo comentó mi madre. Pero me pilló con la guardia baja, menudo pardillo. ¿Qué se me ha perdido a mí en una fiesta donde no conozco a nadie y que seguro está llena de pijos insoportables? Y todo porque se encontró con nuestro pediatra, que es amigo suyo desde que eran pequeños. «Ay, Andrés, no sabes la ilusión que le hace que vayas a la fiesta de su hija. No te puedes negar. ¡Con la de veces que ha tenido que coserte la cabeza, y curarte cuando estabas malito, y salir corriendo de madrugada para operarte de urgencia! Por no hablar de cuando te tragaste la moneda... Además, seguro que habrá un montón de chicas guapas». Menuda chantajista.

Me sonó el móvil. Era ella para anunciarme que estaban llegando. Habían pasado el día en la sierra, en el chalé de unos amigos, y se habían ofrecido a llevarme a la fiesta. ¡Qué majos! ¿Por qué te quiero, Andrés? Por el interés. Está claro que se quieren asegurar de que no me «pierda» por el camino. ¡A buenas horas lo habrían hecho si se tratara de un concierto! «Te coges el metro, que para eso está», me habrían dicho. Menuda rabia me ha dado tener que decirle a Sara que hoy no podía quedar con ella. Pero

así de triste es la condición de héroe, chaval. Yo creo que el calzoncillo ese que le quitaron a Superman cuando lo modernizaron me lo han endosado a mí y me he convertido en el Capitán Calzoncillos.

Estaba terminando de acicalarme en el baño, cuando mi querida hermanita fastidió mi momento «soy Bond, James Bond» irrumpiendo como una loca.

–¡Puaj, tío! Te has echado lo menos un litro de colonia. Si cometes un crimen, les va a ser fácil seguirte el rastro.

–Piérdete, Paulita.

–¿Piensas ir con esos pantalones?

–¿Qué les pasa? –me alarmé.

–Que parece que vas a ir a coger berberechos.

De dos zancadas me planté en su cuarto y me abalancé sobre el espejo de la puerta de su armario, que era de cuerpo entero. Comprobé que, efectivamente, me quedaban cortos. Como nunca me vestía en plan elegante... ¡En menudo marrón me había metido mi madre! ¡Una fiesta de traje y corbata!

–¡Vaya mierda! Esto me pasa por ser complaciente, tendría que haberme negado a ir.

–Bájatelo un poco más de cadera, y listo. Por lo demás, estás guapísimo. Deberías ir siempre con corbata. Si te viera Andrea...

¡Qué tía! No perdía la ocasión de venderme a su amiguita. Fui a mi cuarto para ponerme el *blazer*.

–¡Ostrás! ¡Y encima las mangas también me están cortas! ¿Qué es esto, una conspiración?

–Eso te pasa por acaparar la altura de toda la familia. Podías darme a mí los centímetros que te sobran. ¡Hay que ver qué mal repartidos están los metros en esta casa!

De nuevo me sonó el móvil. Era una perdida de mi madre, ya estaban aquí. ¡Hala, al matadero!

## 2

Mis padres me soltaron delante del portal de mi pediatra sin el menor remordimiento, y el coche arrancó como un Ferrari en Montmeló. Creo que hasta dejó marcas en el asfalto. Ni echaron la vista atrás por si todavía cambiaba de opinión. Me sentí más perdido que Marco después de haber recorrido medio mundo buscando a su madre y sin encontrarla. Pero, al menos, él tenía el mono; yo, ni eso

Cuando me metí en el ascensor con otros tres chicos que iban también a la fiesta, comprobé horrorizado que ninguno llevaba corbata; en cambio, sí llevaban un regalo. ¡Era una fiesta de cumpleaños! Elemental, querido Watson. ¿Por qué a mi madre se le pasó por alto este «insignificante» detalle y no el «imprescindible llevar corbata»? Escondí mis manos vacías tras la espalda y tragué el buche de serrín que era mi saliva en ese momento, mientras ellos charlaban animadamente. Todos eran colegas. Yo era el único *outsider* que no pintaba nada en aquella reunión. Odié a mi madre por haberme metido en semejante fregado y por enterarse tan mal de todo.

A la entrada había una cola como para ir a ver a Papá Noel. Enseguida descubrí por qué. La cumpleañera nos esperaba apostada cerca de la puerta para darnos la bienvenida. Estaba muy sonriente hasta que llegué yo con las manos vacías. Después de mirarme unos segundos con cara de ¿dónde-diablos-está-tu-regalo? y ver que no sacaba ningún pajarito de la manga ni ningún conejo de dentro

de la chaqueta, me despachó con un «hola-qué-tal-tú-quién-eres» más seco que una cucharada de pan rallado. Yo mascullé mi nombre y me fui a un rincón con el rabo entre las piernas.

Para disimular lo marginado que estaba, fui a coger uno de los canapés que había en la mesa de comedor. Entonces noté que me agarraban del brazo.

–Todavía no. Vamos a esperar a que hayan llegado todos –me dijo una señora que yo no conocía y que debía de ser la madre.

¡La tercera en la frente! Si ya me sentía mal... Encima una fiesta con los padres vigilando, vaya peñazo. Deambulé por el salón con cara de por-favor-que-alguien-me-haga-caso-que-estoy-más-solo-que-un-pingüino-en-el-trópico. Pero en esta sociedad, en la que todo el mundo va a su bola, hacían como que no veían al pingüino. ¡Y eso que mido 1,90 m! Por fin conseguí hacerme un hueco en uno de los grupos. Pero, cuando vi quién estaba en él, se me quedó la cara como si me hubiera tragado un pomelo entero con cáscara y todo. No podía creerlo, hasta me tuve que pellizcar para comprobar que no era un mal sueño. Me dije a mí mismo que era un doble, alguien que se le parecía mucho; pero, para mi desgracia, era el que yo pensaba: uno de los miembros de «héroes forzosos», el grupo nazi al que había pertenecido Jorge y que casi me envía al otro mundo. ¿Cómo iba a olvidar una de las caras con las que había tenido pesadillas durante un mes? Es verdad que el tipo ese no había estado presente en el momento del navajazo, porque se había tenido que ir antes, pero sí había estado en la reunión de la cafetería; era el más joven de todos, me acordaba perfectamente. ¡Menuda puntería, macho! ¿Se puede tener peor suerte que la mía? Recé para que no me reconociera, pero sus ojos de besugo al horno clavados en los míos me decían que estaba más fichado que Amígdala, uno de los malos de Batman.

Y no me digas cómo, pero, a pesar de mis intentos por esquivarlo, enseguida se las arregló para tener un «cordial» aparte conmigo.

—A ver qué dices en el juicio, chaval. Como te ratifiques en la declaración, acabaremos lo que empezamos —me advirtió amenazadoramente.

La sangre se me hizo sorbete de limón, los huevos se me encogieron como dos ciruelas pasas y la boca se me quedó como si me hubiera comido una caja de tizas.

Agarré una copa al vuelo y me fui al extremo contrario de donde estaba ese tipo. La madre vino sonriente hacia mí con una bandeja de sándwiches para compensar el tirón de orejas que me había dado al comienzo de la fiesta. ¡A buenas horas, mangas verdes! Ahora que se me había cerrado el estómago. Pero lo cogí por educación y le di las gracias. Tenía la mitad del sándwich hecho una bola al comienzo del esófago, cuando una palmada en la espalda le obligó a rehacer el camino hasta la faringe.

—¡Hombre, Andresito! ¡Cuánto me alegro de que hayas venido! —era Abel, mi pediatra. Él y yo éramos los únicos con corbata, qué coincidencia—. A este chaval lo conozco yo desde que era así —señaló con la palma medio metro desde el suelo—. Le he visto salir los dientes, le he cosido varias veces la cabeza y he tenido sus pelotas en mis manos —empecé a sudar como si estuviera dentro de un baño turco—. ¿Verdad, machote? A las doce de la noche me llamó su madre y, cuando me explicó lo que le pasaba, le dije que saliera disparada para el hospital, que yo iba de inmediato para allá. Sabía que teníamos que operarlo de urgencia, pero, cuando vi cómo tenía uno de los testículos, me asusté. Era del tamaño de un huevo de avestruz...

Noté que le patinaban ligeramente las palabras en la boca y el aliento le apestaba a alcohol. Quería morirme, que se abriera el suelo y me tragara. De repente, todos

aquellos que hasta el momento me habían ignorado olímpicamente clavaban en mí sus ojos con gran interés.

—... Aquello no era una pelota, sino un balón de reglamento. ¿A que sí, machote?

Y por si la metáfora no fuera ya lo suficientemente gráfica, lo escenificaba mientras a mí se me ponía la cara de todos los colores. No sabía dónde meterme. No era fácil esconder mi metro noventa en semejantes circunstancias. Recé para que hubiera un terremoto, un cataclismo, algo que le hiciera callarse. Pero él seguía empeñado en sacar a relucir mis momentos de gloria: la moneda que me tragué, los chicles que me metía en la boca después de desenterrarlos en el parque, el día en que casi le vacío a mi hermana un ojo al empujarla contra su corre-pasillos, las cinco veces que me tuvo que cambiar el vendaje cuando me quemé con una plancha porque, nada más llegar a casa, me lo quitaba...

—¡Menudo elemento el Andresito! Y como el último vendaje no fue capaz de quitárselo, ¿sabéis lo que hizo?...

Para entonces toda la atención de la fiesta estaba concitada en mí. Me había convertido en la gran atracción.

—Pues metió la mano en el váter, porque no llegaba al grifo, y empapó el vendaje. ¿Eh, Andresito? Hubo una época en que pisabas más el hospital que el colegio.

En un momento en que fue a servirse otro whisky, hice el intento de pirarme, pero todos esos que no me habían hecho ni caso vinieron a interesarse por ese testículo que parecía un balón de fútbol.

—¿Por qué se te puso así el huevo?

—Porque tenía una torsión testicular —respondí para el nudo de mi corbata, al que sentía como el del ahorcado.

Pero enseguida regresó él para explicar con pelos y señales en qué había consistido la operación.

—Le salvé la vida —se jactó—. Por suerte, su madre y yo nos conocemos desde pequeños y nos reencontramos el

día en que trajo a su hermana al hospital con una neumonía. ¡Pobre Paulita! Era un bebé de cuatro meses y hubo que ponerle el gotero en las venas de la cabeza.

Lo del gotero no impactó nada al lado de lo de mis pelotas, y pronto nos dejaron solos a Abel y a mí para irse a bailar.

De nuevo hice el amago de marcharme, pero Abel no estaba dispuesto a perder a su contertulio, bueno, más bien a la oreja que le escuchaba, y me retuvo. Al quedarnos sin público, dejé de ser el objeto de su discurso y pasó a taladrarme el oído con Cher, que pronunciaba a la francesa y alargando la «e» para enfatizar lo mucho que le gustaba.

—¡Cheeeg! ¡Qué pedazo de mujer! Yo ya era fan de ella en los sesenta, cuando cantaba con Sonny. Es una diva. ¿Te gusta a ti Cheeeg?...

Cualquiera le decía que no tenía ni idea de quién era esa, con la palmada que me había dado en la espalda el tío. ¡Qué bárbaro! Sentí rebotar la tráquea como una pelota en un partido de pádel.

—Ven —me arrastró hasta el santuario de su diosa, una estantería donde tenía todos sus CD. ¡Y hasta discos antiguos, de los de vinilo!—. Tengo todos sus discos. Nada que ver con este chunda-chunda que os gusta a los jóvenes hoy, que suena todo igual.

Me parecía surrealista el rumbo que estaba tomando la noche. Entre los ojos de besugo al horno del nazi, que se cruzaban amenazantes con los míos dondequiera que mirara, y Cheeeg... Por más que lo intentaba, no había manera de poderme marchar. ¡La de palmadas que me cayeron en la espalda! Es un milagro que aún conserve intacto el esternón.

Me pareció que pasaban siglos hasta que empezaron a desfilar los primeros invitados; entonces, volví a decir que me iba.

–¿Cómo te vas a ir? ¿Vienen a buscarte tus padres?

¿Mis padres? Esos habían cogido las de Villadiego y a esas horas estarían planchando la oreja en su cama, qué capullos.

–Pillaré un taxi –respondí. Al menos habían tenido el detalle de darme dinero.

–¡Qué vas a coger un taxi, hombre! Espera, que te lleva alguno.

–No... no hace falta... de verdad...

–¡Faltaría más!

Enseguida empezó a preguntar a unos y a otros, y me empaquetó en un grupo donde eran ya muchos más de los pasajeros permitidos. Íbamos como sardinas en lata, unos encima de otros. ¿Y al lado de quién me tocó? Sí, claro, del nazi. Si hay una regla que funciona en este mundo es la de Murphy.

### 3

Llegué a casa empapado en sudor, más por las veladas amenazas del nazi que por la concentración de calor humano dentro del coche, y absolutamente indignado contra mi madre. ¡Me iba a oír!

Al ver que aún tenían la luz encendida, irrumpí en su cuarto como un perro rabioso.

–¿Qué tal lo has pasado en la fiesta, Andrés? ¿Ligaste mucho? –me preguntó ella ignorando mi cara de pitbull.

¡Qué cuajo! Como si no supiera que aquello había sido un encierro peor que los de San Fermín.

–¿Ligar, dices? ¿Tú crees que se puede ligar después de que Abel aireara a los cuatro vientos mi huevo estrangulado?

–¿Contó tu operación delante de todos? –se asombró.

–¿Contarla, dices? La escenificó con pelos y señales.

–Qué exagerado, ya sería menos.

–Mamá, fui el hazmerreír de la fiesta. Tendré suerte si no soy *trending topic*.

Mi madre se resistía a creer que aquello hubiera sucedido tal como se lo estaba contando hasta que le expliqué que Abel iba con unas cuantas copas de más. Nuestras voces a esas horas de la noche atrajeron la atención de mis hermanos, que se presentaron de inmediato en el cuarto de mis padres para enterarse de qué ocurría. Repetí con todo detalle mi papelón en la fiesta, desde el momento cero, mientras los dos se despelotaban de la risa.

–¡Tu hijo fue el único con corbata y sin regalo! –le re-  
criminé a mi madre–. ¡Menuda vergüenza he pasado!

–Pero si me dijo Abel que había que ir así. Es más, me insistió un montón. En cambio, no me dijo que fuera el cumpleaños de Alicia...

–¿Y qué se puede esperar de un tío que se coge un pedal en el cumpleaños de su hija y que está loco por Cheeg? –imité su modo de decirlo.

Mis hermanos se revolcaban por el suelo de la risa, aunque Paula enseguida se solidarizó conmigo en el asunto de la corbata y del regalo, y regañó a mi madre por haberme hecho pasar por semejante trago. Si se lo llega a hacer a ella, se muere. ¡Con lo cortada que es para ese tipo de cosas! Nunca se atreve a llevar nada diferente a sus amigas por miedo a hacer el ridículo. También mi padre se reía disimuladamente.

–Chaval, ya tienes anécdota para contar a las siguientes generaciones –me soltó Carlos, doblado de la risa–. Has dejado pálido lo de mi disfraz de mago y lo del tuyo de canguro. Desde luego, mamá, con el tiempo te vas superando.

Si hay algo que nos gusta a los tres hermanos es echarle en cara a mi madre esos momentos en los que nos hubiera gustado desaparecer del mapa por culpa de alguna de sus múltiples ideas de bombero, de modo que nos faltó tiempo para sacar a relucir todas esas bochornosas anécdotas que han quedado para los anales de nuestra familia. ¿A qué madre se le ocurriría disfrazar a su hijo de canguro en un día de cuarenta grados a la sombra con unas mallas de lana color beis, un jersey de cuello vuelto, unas zapatillas marrones del 43 de tu padre y una máscara del hombre elefante confeccionada por ella en papel maché? Sí, a la nuestra. De acuerdo que me tocó el animal más complicado del arca de Noé para representar en la función del colegio. Pero eso no la exime del bochorno que me hizo

pasar, tanto por el calor que hacía como por la vergüenza. «¿De qué vas tú?», me preguntaban los niños. Y yo señalaba el cangurito que asomaba por el bolsillo cosido en las mallas. Hasta Carlos tuvo que admitir que había sido peor que su disfraz de mago: una capa negra improvisada en el último momento con un pedazo de fieltro grueso que había hecho las veces de persiana. También a él le había caído la consabida pregunta:

–¿Y tú de qué vas?

–De mago –respondía mi hermano avergonzado, exhibiendo como prueba el maletín de magia que le habían dejado los Reyes Magos, aunque su sensación era que iba de cortina.

La única que había llevado disfraces decentes era Paula, porque le daba el peñazo a mi madre y supervisaba cada detalle para asegurarse de no hacer el ridículo. Hasta ganó un premio un año que fue de Arlequín con un disfraz heredado de unos amigos. ¡Cómo se curró mi madre el maquillaje, una auténtica virguería! Pero ella, como no quiere ser menos que nosotros cuando sacamos a relucir nuestras vergüenzas, también le restregó a mi madre la vez que fue de zulú y luego no había manera de quitarle la cantidad de pintura negra que llevaba encima, ¡ni con estropajo, macho! Y también sacó a relucir una primera comunión a la que tuvo que ir sin conocer a nadie.

–Pero ¿a que el padre no dio un discurso sobre tus ovarios, Paulita? –la callé–. Aquí soy yo el que se ha llevado el premio gordo.

Lo bueno fue que las risas que hicimos a cuenta de ello me hicieron olvidar momentáneamente lo del nazi. No quería contarles lo de las amenazas para no preocuparlos también a ellos. Bastante mal lo habían pasado ya con el tema del navajazo. Al día siguiente llamaría a Jorge para ver qué hacíamos, si nos echábamos atrás o no en nuestra declaración en el juicio.

Me desperté a lo largo de la noche con pesadillas. Los ojos de besugo al horno aparecían en todos mis sueños mezclados con el filo de la navaja que me había atravesado el hombro hacía un mes escaso y con la mirada sañuda del que me había asestado la puñalada. Esos tíos no se andaban con bromas. Pero ¿qué narices tenían en la cabeza, o más bien qué les faltaba, para hacer esas barbaridades y pensar de esa manera? Por más que me devanaba los sesos, me resultaba imposible entender cómo podían ser tan racistas y agresivos, de dónde diablos les venían toda esa amargura y ese odio por la gente.

## 4

Había quedado con Jorge en el parque de Berlín para contarle con más detalles lo ocurrido en la fiesta, y salí de casa con un mal cuerpo que no veas. Las amenazas del nazi me habían hecho mella, así que, una vez en el portal, me aseguré de que no había nadie esperándome. Últimamente me había relajado un poco al ver que no había ocurrido ningún otro percance después de la paliza que le habían dado a Jorge para que no hablara. Pero ahora que sabían dónde vivía, se me habían disparado todas las alarmas. Iba en guardia, vigilante, con miedo a cruzarme con uno de esos animales. En cuanto sentía pasos detrás de mí, me volvía sobresaltado para comprobar que no era ninguno de ellos. Veía sus caras detrás de cualquier esquina, de cualquier árbol.

Un niño pasó rozándome con la bicicleta y el corazón se me puso a trescientos mil por hora del susto que me llevé. Estaba paranoico, chaval. Pero, si yo estaba así, ni te cuento en qué estado me encontré a Jorge. La gelatina a su lado parecía cemento armado. Le tuve que contar varias veces con pelos y señales cómo habían sido las amenazas y las miradas que me había lanzado el tal Raúl.

—¡Joder, y todo por mi culpa, Andrés! Por mi maldita culpa. Si yo no hubiera pertenecido a ese puñetero grupo, nada de esto habría ocurrido. En menudo tinglado te he metido. No entiendo que todavía continúes siendo mi amigo; soy una persona tóxica que debería vivir en las cloacas. Por eso me abandonó mi padre, porque soy una basura, me doy asco.

–¡Deja ya de decir burradas, macho! Tú eres un tío estupendo al que unos nazis de mierda lavaron el cerebro. Si te juntaste con ellos fue porque necesitabas sacar fuera el odio que sientes hacia tu padre, y encontraste el modo de hacerlo proyectándolo hacia los negros o los mulatos. Para cualquier hijo es muy doloroso aceptar que su padre le abandone y se vaya a otro país a formar una nueva familia.

–Sí, es verdad que en las reuniones que teníamos me aliviaba descargar mi rabia contra «esas ratas asquerosas», así los llamábamos. Era como si se lo dijera a esos hermanos cubanos que no conozco. No podía soportar no ser tan bueno para mi padre como esa maldita familia que tiene en Cuba. No sabes el resentimiento que me provoca el tema. Creo que nunca voy a ser capaz de superarlo. Pero ahora siento vergüenza por haber dicho esas barbaridades de los emigrantes. ¡Con lo majo que es Abdullah!

–No te machaques, Jorge. Estabas mal, tenías un problema y encima, en el insti, te volvimos la espalda.

–Bueno, tampoco es que yo ayudara mucho: era un prepotente...

–Sí, es verdad, ibas de chulito, pero lo hacías para protegerte. Lo que os hizo tu padre fue muy fuerte, y llegar de nuevas a un sitio donde ya se conocen todos no es fácil.

–Pero ni tú ni Sara hubierais aceptado nunca esas ideas nazis y la actitud de esos tíos.

–¡A saber qué habríamos hecho en tu lugar! No puedes juzgar a la gente desde tu propio yo, hay que ponerse en la piel de los demás para entenderlos. Mira, a nuestra edad es fácil que te coman la cabeza. Estoy convencido de que a cualquier chaval le habría hecho ilusión formar parte de un grupo de tíos mayores, algunos incluso en la universidad, y que tienen reuniones secretas.

–¡Pero eran muy violentos! Decían cosas muy fuertes. Tenía que haberme dado cuenta de que eran capaces de